

Ejercitar nuestro Corazón

Para mantenernos en forma, hay que ejercitar con regularidad los músculos de nuestro cuerpo.



Lo mismo pasa con nuestro corazón. Para mantenerlo en forma, también hemos de ejercitarlo permanentemente. Ahora que estamos en Adviento y nos disponemos a celebrar la Navidad, hay que preguntarse cómo está nuestro corazón. Afortunadamente, tenemos una nueva oportunidad para ejercitarlo y abrirlo a nuestra pareja, a nuestros familiares, a nuestro prójimo, a nuestros amigos y a los necesitados. De esta forma, evitamos que nuestro corazón se quede obstruido por falta de ejercicio, por pensar sólo en nosotros, o se quede paralizado por falta de uso.....

La Madre Teresa de Calcuta decía lo siguiente sobre la fiesta y el sentimiento de la auténtica Navidad:...

- Es Navidad cada vez que sonríes a un hermano y le tiendes la mano.

- Es Navidad cada vez que estás en silencio para escuchar al otro.....

- Es Navidad cada vez que no aceptas aquellos principios que destierran a los oprimidos al margen de la sociedad.....

- Es Navidad cada vez que esperas con aquellos que desesperan en la pobreza física y espiritual.....

- Es Navidad cada vez que reconoces con humildad tus límites y tu debilidad.....

- Es Navidad cada vez que permites al Señor renacer para darlo a los demás.....

María y José nos van a preguntar si tenemos sitio en nuestro corazón para que puedan hospedarse. Hoy en día, tienen difícil encontrar alojamiento. Mucha gente está centrada exclusivamente en cosas superfluas, como los regalos, los viajes y las cenas, en vez de estar centrados en el auténtico sentido de la Navidad, que es que Dios se hace hombre. María nos va a preguntar si puede alumbrar a su hijo Jesús dentro de nuestro corazón. ¿Qué vamos a contestar?

jaculatoria DEL MES

Madre del verbo eterno, hija del eterno Padre, alumbrá mi entendimiento, para que mi alma se salve.



El Porqué de la Navidad

Érase una vez un hombre que no creía en Dios. Su mujer, en cambio, era creyente y criaba a sus hijos en la fe en Dios y en Jesucristo.

Una Nochebuena en que estaba nevando, la esposa se disponía a llevar a los hijos al oficio navideño de la parroquia de la localidad agrícola donde vivían. Le pidió al marido que los acompañara, pero él se negó.

-¡Qué tonterías! -arguyó-. ¿Por qué Dios se iba a rebajar a descender a la Tierra adoptando la forma de hombre? ¡Qué ridiculez!

Los niños y la esposa se marcharon y él se quedó en casa. Un rato después, los vientos empezaron a soplar con mayor intensidad y se desató una tormenta de nieve. Y decidió relajarse sentado ante la chimenea.

De repente oyó que algo había golpeado la ventana. Luego, oyó un segundo golpe. Cuando empezó a amainar la nevada, salió para averiguar qué había golpeado la ventana. En un campo cercano descubrió una bandada de gansos salvajes que se vieron sorprendidos por la tormenta de nieve y no pudieron seguir. Daban aletazos y volaban bajo en círculos por el campo, cegados por la borrasca, sin seguir un rumbo fijo. El agricultor dedujo que un par de aquellas aves habían chocado con su ventana.

Sintió lástima de los gansos y quiso ayudarlos.

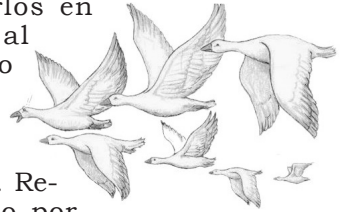
-Sería ideal que se quedaran en el granero -pensó-. Ahí estarán al abrigo y a salvo durante la noche mientras pasa la tormenta.

Dirigiéndose al establo, abrió las puertas de par en par. Luego, observó y aguardó, con la esperanza de que las aves advirtieran que estaba abierto y entraran. El hombre intentó llamar la atención de las aves, pero solo consiguió asustarlas y que se alejaran más.

Entró a la casa y salió con algo de pan. Lo fue partiendo en pedazos y dejando un rastro hasta el establo. Sin embargo, los gansos no entendieron.

El hombre empezó a sentir frustración. Corrió tras ellos tratando de

ahuyentarlos en dirección al granero. Lo único que consiguió fue asustarlos más. Reflexionando por unos instantes, cayó en la cuenta de que las aves no seguirían a un ser humano.



-Si yo fuera uno de ellos, entonces sí que podría salvarlos -dijo en voz alta.

Entró al establo, agarró un ganso doméstico de su propiedad y lo llevó en brazos, paseándolo entre sus congéneres salvajes. A continuación, lo soltó. Su ganso voló entre los demás y se fue directamente al interior del establo. Una por una, las otras aves lo siguieron hasta que todas estuvieron a salvo.

El campesino se quedó en silencio por un momento, mientras las palabras que había pronunciado hacían unos instantes aún le resonaban en la cabeza. Reflexionó luego en lo que le había dicho a su mujer aquel día.

De pronto, todo empezó a cobrar sentido. Entendió que eso era precisamente lo que había hecho Dios. Hizo que Su Hijo se volviera como nosotros a fin de indicarnos el camino y salvarnos. Llegó a la conclusión de que ese había sido ni más ni menos el objeto de la Natividad.

De pronto comprendió el sentido de la Navidad y por qué había venido Cristo a la Tierra. Junto con aquella tormenta pasajera, se disiparon años de incredulidad. Hincándose de rodillas en la nieve, elevó su primera plegaria: "¡Gracias, Señor, por venir en forma humana a sacarme de la tormenta!"

Chiste



Suena el celular:

- "¿Buenooo?"

- "Compadre Ruperto, habla Gumaro, ¿dónde está?"

- "Pues aquí de choping, Compadre. Vine a comprar 3 casitas, 10 vaquitas, 10 ovejas, 5 burritos..."

Sorprendido el Compadre Gumaro pregunta:

- "¿Se sacó uste la Lotería Compadre?"

- "Bueno fuera compa... ¡mi vieja y yo estamos poniendo el nacimiento!"



pensamientos provechosos

Quando se trata de perseguir aquello que amas en la vida, no aceptes un "no" por respuesta.

El Lirio y la Hormiguita

Había una vez una hormiguita. Ésta, como toda buena hormiga, era trabajadora y servicial. Se pasaba el tiempo cargando hojitas de un lado a otro. No paraba ni de día, ni de noche, casi sin tiempo para descansar. Y así transcurría su vida, trabajando y trabajando. Un día fue a buscar comida a un estanque que estaba un poco lejos y para su sorpresa al llegar vio cómo un pimpollo de lirio se abría y de él surgía una hermosa y delicada flor. Se acercó y le dijo: Hola, ¿Sabes que eres muy hermoso? ¿Qué eres?.....



-Soy un lirio contestó. Y tú, ¿Sabes que eres muy simpática? ¿Qué eres? -Soy una hormiga.....

Y así la hormiguita y el lirio siguieron conversando todo el día y se hicieron grandes amigos. Al anochecer la hormiguita se despidió para regresar a su casa, no sin antes prometerle al lirio que volvería al día siguiente. Mientras iba caminando, la hormiga descubrió que admiraba a su nuevo amigo, se dijo: Mañana le diré que me encanta y que lo quiero con todo mi corazón.....

Al mismo tiempo el lirio pensaba: Me gusta la amistad de la hormiga, mañana cuando venga le diré lo que siento por ella.....

Pero al día siguiente la hormiguita se dio cuenta de que no había trabajado el día anterior, así que decidió quedarse a trabajar y pensó: mañana iré con el lirio y le diré cuanto lo extraño; hoy no puedo, estoy demasiado ocupada. Al día siguiente amaneció lloviendo, y la hormiga no pudo salir de su casa y se dijo: qué pena hoy tampoco veré al lirio. Bueno no importa mañana le diré lo especial que es para mí.....

Y al tercer día la hormiguita se despertó muy temprano y se fue al estanque, pero al llegar encontró al lirio en el suelo, la lluvia y el viento habían destruido su tallo y su flor estaba marchita, sin vida. Entonces la hormiga pensó: Eso ha ocurrido porque no aproveché el tiempo, porque no hice lo que pensé a su debido tiempo. Por eso mi amigo se fue sin saber todo lo que lo quería, en verdad me siento triste ya que he perdido una gran amistad.....

Y así fue como ambos nunca supieron lo importante que eran, el uno para el otro.....

“Esta fábula nos enseña que no hay que esperar a mañana para decirle a tus seres queridos que los amas o lo importantes que son en tu vida”.

El Canto más Hermoso de Navidad

En la pequeña aldea austriaca de Obendorf, un sacerdote joven, el padre Moor, daba las últimas instrucciones a sus niños y pastorcitos antes de ensayar el villancico que pensaba cantar en la noche de Navidad.

Las artísticas naves del templo recogían el eco del alegre murmullo de las voces y risas infantiles.

«**Silencio. ¡Comenzamos!**»

Apenas puso el padre Moor los dedos en el teclado, del interior del órgano salió un rumor extraño, después otro, y otro... «¡Qué raro!», pensó el sacerdote. Fue a la portezuela posterior del órgano, y por ella salieron corriendo diez, veinte ratones perseguidos por un gato. ¡Pobre padre Moor!

Miró el fuelle: totalmente roído; era inútil intentar usarlo. «¡Paciencia!», pensó, «prescindiremos del órgano».

Lo malo es que también sus cantores, al ver los ratones y el gato, se pusieron a perseguirlos. No quedó en su sitio ni el niño más formalito. Con el órgano en aquellas condiciones y el coro detrás de los ratones, ¡adiós mi canción de Navidad!

El padre Moor decidió prescindir de ella. Al pasar delante del altar mayor se inclinó para hacer la genuflexión. En aquel preciso instante se acordó de su amigo Franz Gruber, el maestro elemental que, además de discreto organista, manejaba bien las cuerdas de la guitarra.

Cuando el sacerdote llegó a casa de Gruber, éste corregía las tareas escolares al débil resplandor de una candela. «Hay que inventar algo nuevo para la Misa del Gallo, un canto sen-

cillo, acompañado por tu guitarra. Ya tengo la letra; basta ponerle música. Pero de prisa, por favor».



Apenas marchó el padre Moor, Gruber tomó la guitarra, leyó la letra del sacerdote y buscó en las cuerdas las notas más sencillas.

En la noche silenciosa, los copos de nieve se quedaban como suspendidos en el aire al oír la dulce melodía que flotaba en el frescor del ambiente.

A las doce en punto, del 24 de diciembre de 1818, los feligreses de Obendorf llenaban el templo parroquial. El altar mayor brillaba como nunca con tantas luces y candelas encendidas. El padre Moor celebraba la santa misa. Después de proclamar, según el evangelio de san Lucas, el nacimiento del Salvador, se acercó con el maestro Gruber al belén, y con voz trémula entonaron «Noche de Paz...».

Aún no se habían perdido las últimas notas en lo alto de las naves del templo, cuando los feligreses a coro las repetían ante el Niño Jesús, como las legiones angélicas del evangelio. Desde entonces nunca se ha dejado de cantar ni en Obendorf ni en ningún rincón del mundo. Es una de las melodías más entrañables de Navidad.

Cfr. Relatos y Narraciones - Bruno Ferrero



NIÑO DIVINO, NIÑO JESÚS

-¿A quién tus ovejas conduces, pastor? -Al Niño Divino, del cielo Señor.

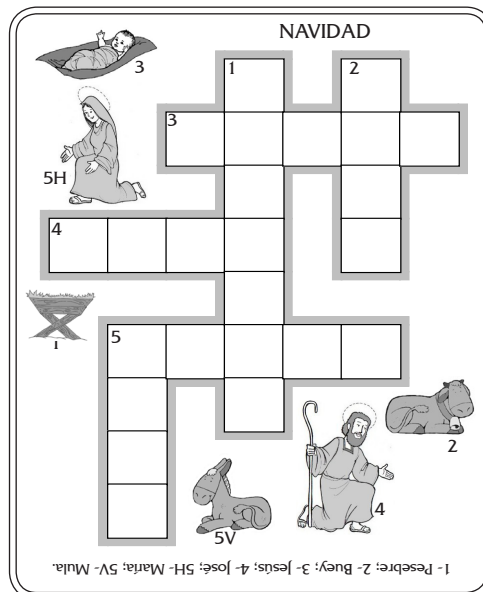
-¿En cuna de oro le viste, quizá? -Le vi en un pesebre, sobre el heno está. Con mucho frío, sin ropas le vi, mas el buey y el asno le alientan allí. La Virgen María le canta y José gozoso a sus plantas postrado se ve.

-¿A quién, mi linda estrellita, anuncia tu luz?

-Mis rayos te llevan al Niño Jesús.

-¿Por qué en sus camellos los Magos se ven, cruzando desiertos, qué buscan... a quién? ¿A quién lleva incienso el rey Baltasar? ¿A quién oro y mirra Melchor y Gaspar?

-Al Niño divino, que el astro anunció; sus rayos dijeron que en Belén nació. Los ángeles cantan; escucha y oírás: «Gloria en las alturas y en la tierra paz».



1 - Pesebre; 2 - Buey; 3 - Jesús; 4 - José; 5H - María; 5V - Mula.